

**Primeras Jornadas de Investigación “Ríos Urbanos: nuevas perspectivas para el estudio, diseño y gestión de los territorios fluviales”.
La Plata / San Martín, 2 y 3 de noviembre de 2017.**

MESA 1: HISTORIA DE LAS RELACIONES ENTRE LO URBANO Y LO FLUVIAL

LA MEMORIA DEL RIO Y EL RIO EN LA MEMORIA. APROPIACIONES Y SIGNIFICACIONES SOCIALES EN TERRITORIALIDADES ISLEÑAS.

Dra. Sofía Astelarra

Grupo de Ecología Política, Comunidades y Derechos (GEPCyD)
Instituto de Investigaciones “Gino Germani”, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
Observatorio de Humedales Delta.
sofiastelarra@gmail.com

Resumen

El “ *río es memoria*” escribió Haroldo Conti en su novela “Sudeste”. Metáfora conmovedora dado que, por un lado, implica una propuesta y pregunta epistemológica: ¿es posible hacer una memoria del río?, ¿cómo cartografiar esa memoria? Indudablemente esta metáfora nos remite a la relación humanidad-naturaleza en un tiempo-espacio, en este caso las modalidades de relación históricas de las sociedades con “el río”. Cabe preguntarnos: cómo ha sido esa relación históricamente; cuáles han sido las maneras de apropiación y significación implicadas, a saber: los modos de uso del río, su gestión o manejo; las maneras de nombrarlo, percibirlo y sentirlo.

Por otro lado, es una metáfora conmovedora a “la luz” de que uno de los ríos a los que refiere en la novela, el Arroyo Anguilas – pese a ser arroyo es tratado como río- , ha sido absolutamente transformado, su cauce, profundidad, vegetación, incluso los pobladores que allí habitaban han sido desalojados a partir del avance de proyectos de urbanización de las islas. Aquí introducimos la historia del presente de los ríos del Bajo delta del Paraná asociada a modalidades de relación que buscan transformarlos en función de los nuevos modelos de urbanización vinculados al capital inmobiliario-financiero que han avanzado aceleradamente en las últimas décadas. A su vez éstas son resistidas por las poblaciones locales que resignifican sus maneras de relacionarse en función de mantener sus modos de vida íntimamente ligados al río, generando conflictos en los espacios públicos, así como organizaciones sociales y propuestas de políticas públicas.

A partir de esta metáfora y sus implicancias, este trabajo pretende rastrear esa historia del presente de los ríos. Partimos de un abordaje cualitativo retomando las voces de las personas que habitan el Bajo delta del Paraná, interrogando en sus modalidades de apropiación y significación en torno al río.

PALABRAS CLAVE: RÍOS, SIGNIFICACIONES Y APROPIACIONES SOCIALES, SUJETOS, BAJO DELTA DEL PARANÁ.

Summary

The “*river is memory*” wrote Haroldo Conti in his novel Sudeste. It is a moving metaphor since on the one hand it implies a proposal and epistemological questions. Is it possible to make a memory of the river? How can you map this memory? This metaphor undoubtedly reminds us of the human-nature relationship in time-space and in this case the modalities of the historical societal relationship with “the river.” We have to ask ourselves how this relationship has been historically; what have been the

forms of appropriation and significance involved? Namely, what are the ways of using the river? How is it managed? What are the ways of naming it, perceiving it and feeling it?

On the other hand, it is a moving metaphor since one of the rivers referred to in the novel, the Arroyo Anguilas (despite being a stream it is treated as a river) has been completely transformed. Its course, depth, vegetation and even inhabitants have changed. People who lived there have been evicted due to the advance of urbanization projects on the islands. Here we introduce the modern history of the lower Parana delta rivers associated with the relationship modalities that seek to transform the area according to the new models of urbanization linked to the real estate-financial capital that have rapidly advanced in recent decades. In turn, these transformations are resisted by local populations. This redefines how they relate to one another in order to maintain their way of life which is intimately linked to the river, generating conflicts in public spaces as well as social organizations and public policy proposals.

Starting with this metaphor and its implications, this work aims to trace the present history of the rivers. We start with a qualitative approach, listening to the voices of the people who inhabit the lower Parana delta. We question their modalities of appropriation and significance when it comes to the river.

KEY WORDS: RIVERS, SOCIAL SIGNIFICATIONS AND APPROPRIATIONS, SUBJECTS, LOWER PARANA DELTA.

INTRODUCCIÓN

El “ *río es memoria*” escribió Haroldo Conti en su novela “Sudeste”¹. Autor que sin duda ha logrado traducir y recrear los escenarios isleños, sus personajes, historias, modos de vida y la turbulenta relación con el río, el monte o, como conceptualizamos actualmente, los humedales.

En primer lugar, propongo abrir algunos interrogantes que esta metáfora me sugiere, sin pretender agotar las reflexiones y análisis que suscita. Algunas son: ¿es posible hacer una memoria del río?, ¿qué significa que el río sea memoria?, ¿cómo cartografiar esa memoria?

Estas interrogaciones nos posibilitan comprender las relaciones históricas de las sociedades con el río. Estas pueden ser abordadas desde múltiples dimensiones, en este trabajo nos interesa la relación humanidad-naturaleza que se pone en juego dentro de un tiempo-espacio singular como es el Bajo delta del Paraná. Al inscribirnos dentro de la teoría crítica y el campo de la ecología política, retomo los abordajes Leff y Alimonda (2006; 2011) quienes conceptualizan este vínculo a partir de las relaciones de poder históricas en torno a la naturaleza. Sostienen que a partir de diferentes procesos de resistencia y emancipación social frente al avance del capitalismo, la modernidad y el patriarcado, principalmente desde mediados del siglo XX, la naturaleza deviene objeto de disputa, de apropiación y de significación social a la par que se reinventan las maneras de relacionamiento entre la humanidad y la naturaleza. Una de las críticas que se instala refiere a la dualidad sociedad-naturaleza; hombre-mujer, etcétera, que configuran la episteme moderna-colonial. Al decir de Alimonda la colonialidad es el lado reverso y necesario de la modernidad.

Alimonda, retomando este *giro decolonial*, propone la construcción de una *epistemología de frontera*, a partir del cual se cuestionen los procesos de la modernidad/colonialidad en los cuales se ha subyugado, negado y silenciado las culturas, las historias, los modos de vida, etc., de

¹ Haroldo Conti, escritor argentino desaparecido en la última dictadura militar de 1976.

Latinoamérica. Apostando a la re-escritura de las narrativas locales, revalorizando las culturas, sus saberes, resistencias, la relación sociedad-naturaleza que han mantenido. A su vez esto permite repensar la geografía misma, observando los rastros que éstas han dejado en los territorios, interrogando si los ecosistemas que hoy denominamos “prístinos” no han sido resultado del habitar histórico de las culturas que, al haber sido expulsadas y despojadas se ha invisibilizado su paso por estos lugares (Alimonda, 2011).

Estos giros epistémicos, dan cuenta de la necesidad de comprender los procesos históricos, sociales, ecológicos y territoriales bajo otros supuestos que parten de la imposibilidad de reducir el tiempo-espacio, los modos de vida y los sujetos sociales a las dualidades propias de la modernidad. A la vez que nos proponen observar a los ecosistemas y sus procesos buscando rastros sociales históricos en éstos y viceversa.

Coincidiendo con estas apuestas, Leff nos proporciona otro matiz dentro de este salto epistémico del *pensar de otro modo*, incorporando a la *ecología política* en la construcción de un *diálogo de saberes y una política de la diferencia*, en la cual se recuperan, revaloricen las experiencias históricas, así como las apuestas locales-emergentes presentes no como realidades pasadas o cuantitativamente irrelevantes, sino como apuestas vitales que expanden el futuro posible y el pensamiento, *reinventando* el presente.

En este sentido la interrogación respecto a cartografiar una memoria del río implica visibilizar sentidos, experiencias, prácticas y, por lo tanto, sujetos que han sido invisibilizados y producidos como ausentes en las narrativas dominantes, dando cuenta de la relación que han construido con éste, los modos de intervenirlo y la manera en la que el río ha condicionado o marcado su vida.

Para esta tarea, retomo a Escobar que propone entender la relación entre sujeto-territorio, humanidad-naturaleza, en tanto *articulación entre la historia y lo biológico*. Interpretar esa relación en términos de *articulación* entre la historia y lo biológico, o humanidad-naturaleza, nos permite redefinir la relación sociedad-naturaleza buscando salir de la dualidad heredada de la modernidad-colonial-patriarcal, para abrirnos a la complejidad y multiplicidad de esas articulaciones. Además, la noción de articulación o modalidades de relación humanidad-naturaleza nos permite entenderlo no como estructura estática sino en tanto movimiento dinámico, continuo y conflictivo. Escobar señala que en dicha relación ambas están mutuamente implicadas a través de prácticas y mediaciones culturales:

“[...] cada articulación tiene su historia y especificidad y está relacionada a modos de percepción y experiencia, determinados por relaciones sociales, políticas, económicas y de conocimiento, y caracterizada por modos de uso del espacio, condiciones ecológicas y otras. La tarea de la ecología política será delimitar y caracterizar estos procesos de articulación.” [A los que denomina “regímenes de naturaleza”] (Escobar, A. 1999: 281)

La articulación puede definirse en cada momento histórico indagando en las maneras de usar los espacios, percibirlos, etc., a la par que las “condiciones ecológicas”, las interacciones biogeofísicas presentes en los ecosistemas.

Así, la metáfora “*el río es memoria*” posibilita interrogar sobre dicha articulación, dado que las aristas o niveles de análisis, así como las dimensiones de esta articulación son múltiples, nos centraremos en las apropiaciones y significaciones que construyen los sujetos sociales en torno al río, principalmente quienes habitan el Bajo delta del Paraná: isleños/as.

En las páginas que siguen describiré escuetamente a las familias isleñas que habitan la zona, iré dando cuenta ¿Cómo experimentan cotidianamente la vida en las islas? ¿Cuáles son las prácticas,

sentidos, afectos o sentimientos que enuncian respecto al río? ¿Cuáles son las modalidades de apropiación de la naturaleza-espacio?

Para completar el abordaje recupero algunas categorías de análisis que Desjarlais ha generado a partir de sus investigaciones etnográficas. Me refiero a la noción de *experiencia estética*: “*las maneras culturales tácitas, valores y sensibilidades –formas locales de ser y hacer- que prestan estilos específicos, configuraciones y cualidades a las experiencias locales*” (Desjarlais, 1992). Como veremos, en el Delta las características ecosistémicas se “*imponen*” o “*condicionan*” la vida humana, de manera que para comprender la experiencia estética isleña tendríamos que preguntarnos respecto a cómo se ha configurado históricamente la relación entre humanidad-naturaleza. Modalidad que se *encarna*, se hace cuerpo, va configurando un *modo de subjetivación, una experiencia estética* vinculada intrínsecamente a esa relación del *sujeto en la naturaleza* y a la vez que *la naturaleza en el sujeto*. Indagar en las maneras de ser y hacer con/en la naturaleza en el presente es necesario para dar cuenta de la modalidad histórica de esa articulación: la memoria del río y el río en la memoria.

LOS HOMBRES Y MUJERES DE ESE RÍO.

“Sus hombres, los hombres de este río, este hombre que ahora observa las aguas con sus ojos de pez moribundo suspendidos sobre ellas como dos espejuelos suspendidos del aire, son en todo semejantes a él. Por eso todavía sobreviven. Por eso parecen tan viejos y lejanos y solitarios. No aman al río exactamente, sino que no pueden vivir sin él. Son tan lentos y constantes como el río. Y, sobre todo, son tan indiferentes como el río. Parecen entender que ellos forman parte de un todo inexorable que marcha animado por cierta fatalidad. Y no se rebelan por nada. Cuando el río destruye sus chozas y sus embarcaciones y hasta a ellos mismos. Por eso también parecen malos.”
Haroldo Conti, 1962

Un segundo conjunto de preguntas refiere a la historia del presente de la relación con el río, tomando como caso de análisis los ríos del Bajo Delta del Paraná (Kalesnik y Quintana, 2006). Más de 350 ríos y arroyos lo constituyen, dan forma y contornean las islas. Este área es el tramo final de la Cuenca hidrográfica del Plata:

“compuesto por un triángulo geográfico que comprende los ríos Paraná de las Palmas, Carabelas, Paraná Miní y Paraná Guazú. Políticamente la jurisdicción del Delta comprende a dos provincias, Buenos Aires y Entre Ríos. El Delta bonaerense se encuentra a su vez dividido en seis secciones y depende cada una de ellas a los Partidos de Tigre, San Fernando, Escobar, Campana, Zárate, Baradero y San Pedro respectivamente. El delta entrerriano está dividido en siete secciones que dependen todas del Departamento de Gualeguaychú. En total comprende 900.000 hectáreas” (Fernández, 2002: 13).

El Bajo Delta del Paraná, respecto al delta en su conjunto, tiene características singulares: se constituye la zona de *frente de avance* (Kandus, 1997), a su vez se encuentra próxima al AMBA y a la Ciudad de Buenos Aires, otorgándole mayor complejidad en sus dinámicas socio-ambientales. También es representativo de la región en sus características ecosistémicas al ser un humedal. Esta denominación se inicia en los ámbitos académicos con la definición Malvárez (2004), a partir de la cual distintos equipos coinciden en definir las diferentes estructuras ecosistémicas de los humedales asociadas a funciones y servicios ambientales cruciales para la vida (Morello, 1996; Malvárez, 2004; Kalesnik, 1997; Kandus, 1997; Mateucci y Morello, 2006; L. Fernández, 2002, Herrero y L. Fernández 2008, Kalesnik y Quintana, 2006). A la par que varias organizaciones sociales también han definido el

área como humedal, pero en el marco de conflictos en la escena pública por el tipo de uso del espacio, el modo de habitarlo y preservarlo (Paschkes Ronis 2013; Astelarra, 2016).²

Si revisamos las nominaciones históricas, estas zonas han sido denominadas “pajonales”, “yuyales”, “bañados”, o el delta se ha considerado como un conjunto de islotes surcados por ríos, arroyos, aguajes, canales y zanjas. Los dos últimos resultado de la intervención humana sobre el ecosistema, como veremos en breve.

Lo interesante e incluso atrapante para los escritores, artistas y para investigadores es que el funcionamiento ecosistémico es dinámico y mutable: los ríos y sus cauces varían con los años, por lo tanto las islas y quienes viven en ellas (humanos-no humanos). El proceso de formación y transformación de islas es constante:

“Las más grandes aparecen atravesadas por arroyos, aguajes y zanjas. En algunos casos, estos cursos de agua cortan el terreno en dos, tres y hasta cinco porciones. Los cartógrafos, desalentados, han renunciado a organizar semejante división, negándose a bautizar cada terrón por separado: he aquí el motivo de que pocas islas posean nombre propio... Asimismo, las denominaciones que figuran en los mapas a menudo no hacen más que distinguir, genéricamente, a un vasto conjunto de islas e islotes. [...] El río al que los guaraníes llamaron Padre del Mar modela las costas, agregando materia en una banda y arrancándola en la opuesta, mientras, en algunos puntos del cauce, genera acúmulos que en un futuro no muy lejano serán islotes. Algunos crecerán hasta merecer el rótulo de islas, y el consecuente asentamiento de personas. Otros pueden permanecer casi en embrión: todo según los caprichos de la corriente y de los vientos. Muchos islotes no poseen sino unos diez metros cuadrados de superficie.” (Muscillo, 2016: 1)

En este sentido la dinámica ecosistémica se conjuga con la social, los modos de nombrar a los ríos y arroyos dan cuenta de las maneras de habitarlo, de usar y significarlo. Según Galafassi (2005) la gran mayoría de nombres se instituyeron en los tiempos de la colonización del delta, finales del siglo XVI al XIX. Los nombres atestiguan el habitar de las primeras comunidades originarias, los chanaes, chaná biguáes, carapachayos y guaraníes, según los registros historiográficos de los viajeros de las épocas, tales como Paraná, Paraná Miní, Paicarabí, Carapachay, etc. (Galafassi, 2005).

Ya en esa primer colonización comenzaron a ser nombrados por el apellido del/a primer habitante tales como el arroyo Felipe, el Río Sarmiento o Albarracín. Estos últimos además, dan cuenta de la impronta dejada por Domingo Faustino y su madre en las islas.

Incluso refieren a situaciones singulares como “Fulminante”, que evoca al incendio de un buque de lujo de pasajeros a principios de siglo XX. En otros casos, refieren a leyendas, pestes, crímenes y milagros. A la vez que, a veces no sólo se nombra el río sino la isla o islote asociado a una familia. Por ello, es frecuente también que antiguas denominaciones de antiguas islas caigan hoy sobre pantanos o bien tierra firme ubicada muy lejos de antaño.

El arroyo “El Durazno” o “El Manzano” atestiguan la importancia de la producción de frutas y hortalizas que caracterizó el segundo modelo productivo asociado a una colonización y ocupación permanente en las islas.

²Dada la limitación espacial he dejado afuera una caracterización y análisis de los procesos de reconfiguración territorial y reorganización productivas acaecidos en las últimas décadas, así como los conflictos que se despliegan. Ver: Astelarra, 2015; Astelarra, de la Cal y Domínguez, 2017.

En los trabajos de campo, una de las entrevistadas, cuenta que en el arroyo Cruz del Gambado *“todo era un vergel de frutas y flores. No sabes las casas que había en ese lugar”*. Este dejó de estar habitado hace más de 40 años al entrar en crisis el modelo fruti-hortícola, según Susana *“el monte se fue devorando todo”* y *“algunas personas de fin de semana hicieron lo suyo y se llevaron los pisos y cosas”*. En la actualidad se ha re nombrado como “Arroyo del vivero” porque, luego de la gran depresión de dicho modelo, supo funcionar un vivero hasta hace pocos años. Dado que la zona *“se está volviendo a habitar por nuevos pobladores”* que requieren coordenadas para transitar sus nuevos espacios de vida, también suelen llamarlo “Arroyo Leber” porque es el propietario del vivero y también dueño de una importante inmobiliaria local. Actualizando la práctica de renombrar los arroyos y ríos por una referencia de uso y conocimiento local. A la vez que, muchos de estos “nuevos pobladores” no saben ni imaginan ese *vergel* que cuenta Susana, ni las *“maravillosas casas y espectaculares muelles”* que habían ya que no han quedado huellas humanas, más que construcciones derruidas en medio de un imponente monte.

No sólo la fisonomía de las islas, o más bien el *paisaje*, sino también el modo de nombrar a los arroyos y canales va cambiando con los años de acuerdo a los usos del espacio y los/as habitantes, incluso en algunas ocasiones no coinciden los nombres que figuran en los planos con los que socialmente se usan. Sin embargo, *“los de toda la vida”*³ recuerdan esos nombres y sus variaciones y pueden usar uno u otro nombre indistintamente. He observado en situaciones cotidianas que en algunas ocasiones llaman a los arroyos o canales como se nombraban antaño como una manera de interrogar indirectamente hace cuánto tiempo se conoce la zona, o bien, como modo de investirse de cierta autoridad frente a quienes recién llegan a vivir en las islas.

El registro histórico de estas variaciones en los nombres, se conjuga con que a lo largo de la historia se van formando y transformando las islas, ya sea porque las personas han *“abierto un canal”* para comunicar un arroyo con un río principal, ya sea porque el ecosistema se caracteriza por ser dinámico de modo que la formación de islas es constante.

Respecto a la apertura de canales, hasta la década de los noventa, esta intervención sobre el ecosistema estaba en manos de los propios habitantes que *“abrían a pala”* el nuevo curso de agua. Los *“de toda la vida”* rememoran los momentos en que crearon un nuevo curso de agua, transformando su vida y la del resto. Así, los nombres y sentidos del ecosistema están imbricados en los usos y prácticas históricas que configuran una cultura e identidad local en función de éstos.

“Silvana, si vos tuvieras que definir qué es el modo de vida isleño, ese que tanto hablás, ¿qué dirías? ¿hay un modo de vida isleño? ¿no hay? ¿qué es para vos?”

Silvana: (Riéndose, mira al río) Y sí, qué se yo, la verdad que como dicen todos, que yo por ahí no le había prestado mucha atención porque está (hace un gesto con la mano como agarrándose el pecho) está tan arraigado a uno que no te das cuenta, indudablemente el modo de vida isleño está ligado al agua, acá es así. Lo primero que hacés cuando te levantás es ver el agua para cargar el tanque y ya pensás un montón de cosas si el agua está baja o alta. Si está alta, que te ande la bomba para cargar; que si está baja, si te va a parar la lancha; que si hay sudestada que tenés que subir todo arriba; o sea, siempre hacés la vida en función del agua, a pesar de que uno no necesita del río más que para movilizarse, en mi caso particular, no? Pero todo es el agua. Y en la escuela por ejemplo, si el agua está baja es un problema porque tenemos chicos que por

³ La autodenominación de *“isleños de toda la vida”* refiere a personas que ya son tercera o cuarta generación que habita las islas. Algunos se reconocen como *“isleros”* para diferenciarse de los *“isleños”* quienes serían recientemente mudados a vivir a las islas. Estos últimos también pueden reconocerse como *“venidos”*. Utilizo esas nominaciones locales en los casos que es pertinente.

ahí no pueden llegar a la casa, tenemos todo en función del agua. Que si el agua está alta no hay clase, porque aparte te deja toda la mugre y tenés que desinfectar, los chicos están inundados no pueden salir de la casa. Todo es el agua, en la vida personal como el trabajo, en el mío en particular, influye totalmente. Y después qué se yo, como uno se cría con el agua, vas desarrollando diferentes cosas, actitudes diarias que no te das cuenta pero que tienen que ver con eso. No sé la verdad que mucho yo no te sé decir, porque uno lo tiene tan tan arraigada que no sé qué decirte. [...]
Para todo, para navegar, tenés que saber agarrar una ola, yo pensaba lo que te pasó a vos que te mojaste, si te tenés que mojar, te tenés que mojar, igual que si te tenés que dar vuelta, te tenés que dar vuelta. Pero hay unas técnicas o sea tendríamos que andar entonces yo te digo.” (Entrevista a Silvana, 2013)

En su relato, por un lado, da cuenta de la centralidad del “agua” o podríamos decir el río en la vida isleña. Todo se organiza en torno a ésta, a la vez, que es algo naturalizado, una parte de sí mismos/as. Por otro lado, se despliegan una serie de saberes y técnicas necesarias para la vida cotidiana y relacionadas directamente con este elemento ecosistémico. Este *aprendizaje por cuerpo* (Bourdieu, 1980 y 1997) es resultado de ese contacto directo con el río, con el humedal, en la necesidad de, por ejemplo, bañarse, ir a la escuela y disfrutar del río en verano, etc. O bien, vinculado a saberes y técnicas como manejar un bote que puede ser enseñado y aprendido en la práctica misma y el conocer cómo es la dinámica del río.

En este sentido, para “vivir en la isla” es necesario conocer en términos prácticos un conjunto de variables directamente vinculadas al ambiente donde se realizan las actividades vitales. Además, suelen señalar en sus testimonios: “todo depende del tiempo”, “de la marea” o “de la bajante”, “de la luna”:

“Acá el río te impone, si hay agua muy baja no podés salir, si hay sudestada agarrate que te lleva” (Entrevista Jorge, 2010).

“Que el agua esté alta o baja depende de la luna, del viento. A la noche, si sopla viento norte fuerte, ya sabés que al otro día tenés un río bajo. Y si tenés un viento sur crece el agua...”

...a veces, vos programas a la noche y al otro día, cuando te levantas, por ahí tenés el agua tocando el piso del rancho y no podés hacer nada...”

(Entrevista colectiva a isleños de la Cooperativa Isla Esperanza, 2010: publicado en “Isla Esperanza”, 2013).

Estas maneras de expresión resultan muy interesantes para desmenuzar los sentidos que adquieren la vida en las islas y la relación con el río, constitutivos de la *experiencia estética isleña*. Tomando la frase “todo depende del tiempo”, ésta refiere al tiempo en términos del clima, pero a la vez, del funcionamiento ecosistémico y a la temporalidad humana configurada en esa relación directa con la naturaleza. Es decir, una frase que condensa un tiempo-espacio-naturaleza-humanidad en y con las islas.

Al precisar en esa experiencia señalan “Acá el río te impone”. El agua del río termina por ser vivenciada en tanto determinante de la vida en las islas:

“Con el agua baja te queda burrear o esperar la creciente. Si el agua no crece, irte y volver a buscarlos cuando esté crecida. Si los mazos están en un lugar medio al reparo, te

aguanta. Pero si hay mucha marejada los rompe. Son tres opciones, depende de cada islero. Si estás lejos, esperar el creciente o irte. O si estás cerca, acarrearlo para no volver a la madrugada.”

(Entrevista colectiva a isleños de la Cooperativa Isla Esperanza, 2010: publicado en “Isla Esperanza”, 2011).

Tal como dicen si el “*agua está alta*” o “*baja*” son las tareas vitales que pueden desarrollarse, más allá de la “*programación*” que pudo haberse realizado. También relatan que, para cada momento del río se pueden realizar diferentes tareas, con lo cual suele esperarse al momento adecuado, por ejemplo, para cortar junco el agua es mejor que esté baja, o para “*clavar estacas o las patas del muelle.*” Y si está alta o hay marea “*se aprovecha para mover los troncos grandes para leña*” o “*tirar la chata al río*”.

Como hemos mencionado, un modo de regular este flujo del agua y de demarcar los espacios vitales es realizar zanjas o sangrías⁴ –de 50 a 70 cm o más de profundidad- en el terreno para que el agua “*drene*” rápidamente luego de las crecidas o inundaciones, permitiendo la plantación de frutales, huertas para autoconsumo y la cría de animales. Las zanjas en general no llegan hasta el fondo de isla dejando el pajonal sin intervenir. Mientras que cerca de sus casas y en el área de plantación, en las *canchas de junco*, o forestación en pequeña escala, mantienen el espacio “*limpio*”.

Cada elemento “*natural*” es expresado y significado dentro de una gramática experiencial resultante de esa relación directa con el ecosistema. Lejos de ser una relación idílica, de fascinación por el paisaje, es una relación, al decir de Bartra (2011) *turbulenta*, o como escribiera Conti sobre estos isleños, “*No aman al río exactamente, sino que no pueden vivir sin él.*”

Esta relación turbulenta también se enuncia en expresiones locales frecuentes como “*el río se comió la chata*”, “*el río se tragó el muelle*”. Se le atribuye cualidades o capacidades humanas al río, pero también a otros elementos como “*el monte*”, tales como comer, avanzar, tragar, devorar. Esta suerte de animismo produce en cierto modo un deseo de “*dominio*” sobre “*la naturaleza*”, sin embargo en el caso del río, finalmente genera una suerte de resignación. Cuando dicen “*la naturaleza es implacable*” o “*el río te impone*” se reconoce y percibe la fuerza que les impone el humedal, aceptando que “*todo depende del río*”. A la vez que, han aprendido para el caso del monte a “*mantener limpio*” en las zonas necesarias para las actividades vitales y a cazar y pescar para vivir. Estableciendo ciertos límites frente al mismo.

Podemos interpretar estas maneras de enunciación y de significación en torno a la naturaleza como resultado de una modalidad de relación en la cual se adaptan a las singularidades ecosistémicas. Adaptación que no se ajusta al fatalismo moderno de la dualidad insoslayable, sino una aceptación elegida, pues han aprendido a realizar diferentes actividades vitales de acuerdo a las variables ecosistémicas.

Otro aspecto de esta modalidad, la he observado cuando en los diálogos algunos isleños/as afirman: “*a las islas las hicimos nosotros*”, “*las he visto crecer a las islas*”. Estas expresiones son más frecuentes en los junqueros, aquellas familias que reconocen la actividad de junquear como principal

⁴La realización de las zanjas no es una tarea sencilla, si no están bien hechas se pueden desarmar con la afluencia del agua y lentamente vuelven a taparse. Esto mismo sucede con los canales artificiales para transporte de producción, de manera que los isleños han ido generando un saber en torno a las técnicas adaptadas al funcionamiento del ecosistema para lograr que el trabajo no sea en vano. Aunque cada cierto tiempo es necesario *mantener* las zanjas profundizándolas.

para su vida y sostenimiento económico-familiar (Astelarra y Domínguez, 2014; Astelarra, 2015). Respecto a esto señalaré que es una actividad productiva de recolección, se realiza principalmente en los meses de verano dado que requiere sumergir los pies en el agua para “*junquear*”. Las zonas de recolección son principalmente en el *frente de avance del delta*, o como señalan ellos: “*en las playadas del río de la Plata*”.

Esta actividad es parte de una estrategia familiar económica, además de junquear pescan, cazan para auto consumo, en algunos caso, también hacen changas. Sin embargo, es percibida como la más importante, incluso se definen como junqueros, expresando: “*nací y me crié con el hunco toda la vida, toda la vida, si habré visto crecer las islas*”.

La actividad de recolección de junco implica conocer, en términos prácticos, un conjunto de variables y elementos del ecosistema. Los junqueros reconocen los procesos formadores de islas, entre los cuales se encuentra el juncal: la plantación de estacas de sauces en los juncales favorece la fijación más rápida de los sedimentos barrosos que carga el río⁵. El resultado es que donde se plantan sauces u otros árboles “*va creciendo la isla*”, la sedimentación se acelera y se van formando nuevas islas. Han aprendido también que luego de las mareas, el barro que queda va sedimentando y hace “*crecer las islas*”. De allí la experiencia de *hacerlas y verlas crecer*. Observan cómo con el correr de los años van dejando de ser río para ser islas.

Asociado a esta experiencia, los junqueros apelan a la legitimidad que otorga su condición de “*hacedores de islas*”, en un doble registro de primer ocupante y de merecedor laborioso: a) de quienes “*estamos de antes*” y b) de quienes “*hemos caminado*” y “*puesto el lomo*” (Astelarra y Domínguez, 2015).

Consideran que las islas son en cierta medida el resultado de su propio accionar cotidiano, asociado a las actividades vitales. Expresan que ellos y los que vinieron antes, sus antepasados, son los que hicieron las islas con su propio esfuerzo, con su trabajo. De modo que tejen una correspondencia entre su condición de sujeto y la configuración de la territorialidad isleña en el humedal.

Llegan a percibirse como productores del paisaje que los rodea, y, por ende, su existencia aparece enunciada como co-existencia con el ecosistema. No se asumen como sujetos escindidos del ambiente que habitan. Experimentan y perciben una mutua determinación con el ecosistema, tanto porque este los condiciona, como porque su acción es constitutiva del ambiente (islas, canales, arroyos navegables, monte, arboledas del albardón, secado del centro de isla, etc.). Reconocen que intervienen y gestan lo que luego se revela como “*naturaleza*” o *paisaje natural*. En efecto, no hay *naturaleza* como realidad exterior. En la observación contemplativa de “*verlas crecer*” lo enuncian en términos co-constitutivos, crecen juntos. Se desdibuja en la narrativa isleña la separación entre lo humano y lo natural. En cierta medida, podemos interpretar que los junqueros entienden que participan activamente en el movimiento de la creación continua de su mundo de vida (Astelarra y Domínguez, 2015).

Por último, otro aspecto que podemos observar en las manera de apropiarse de las islas y el río, es que no define, necesariamente, las áreas de vivienda o de producción (pesca, junco) en términos de propiedad privada, sino en tanto *uso socialmente necesario* para las actividades vitales de la organización familiar o individual. En este sentido, Ferrero (2012) señala sobre la gestión comunitaria de la pesca en el Bajo Delta del Paraná que: “*en la gestión que los pescadores hacen del río es central considerarlo como un espacio libre y abierto. El río es visto por los pescadores como un espacio sin dueño, sobre el que todos tienen iguales derechos, sin restricciones a su acceso y circulación*” (Ferrero, 2012).

⁵ El junco es el primer ambiente formador de islas en esta zona de frente de avance.

Esta percepción respecto al río se extiende al uso común de los juncales, las costas, canales, arroyos e incluso de algunos montes de los cuales extraer madera. Coincidiendo con Ferrero, “*En el caso del bajo Paraná, por décadas, se desarrolló una modalidad particular de gestión de los recursos naturales basada en relaciones comunitarias*”. Entonces, lo que caracteriza este modo de apropiación del espacio para la vida, es que la organización del territorio está dada por una “gestión comunitaria” o lógica social comunitaria de uso del mismo en función de las necesidades vitales, las dinámicas ecosistémicas y el respeto a esos códigos de uso y costumbre⁶. Esta práctica, no va acompañada de un discurso de reconocimiento del uso comunal históricamente realizado en las islas, éste emerge en las últimas décadas como resultado de diferentes conflictos.

CONCLUSIONES

Al respecto de los conflictos, he dejado afuera otra modalidad de relación con el río, que es fundamental para cartografiar su memoria, asociada al avance del capital inmobiliario-financiero que lo transforma radicalmente. Desde la década de los noventa se proyecta la “*urbanización del río*” asociada a la construcción de barrios cerrados acuáticos en el delta. Quedará para otros trabajos avanzar en esa memoria del río atravesada por conflictos e inundaciones o “*desbordes del río*”.

En los testimonios y relatos, podemos notar que el lenguaje local no se expresa en terminología técnica o científica, sino como parte de una gramática de la experiencia vital, que el “*monte se devore todo*”, o que el río “*avance comiéndose*” tal objeto, o “*se llevó todo*” da cuenta del conocimiento incorporado respecto a ese crecimiento veloz y el funcionamiento dinámico del ecosistema. Conocimiento requerido para las actividades vitales y productivas, sin los cuales, no podrían vivir. De allí que, ante la “*programación*” de sus actividades saben que “*todo depende del tiempo*”.

Esta experiencia directa y necesaria que hacen a la vida de las familias isleñas está inmersa en un mundo de significaciones entretejido con modos de percepción, experiencias y una singular articulación con el ecosistema. Un ciclo vital que implica una relación directa con la naturaleza en el espacio-tiempo, un modo de apropiación del territorio y la naturaleza, una modalidad productiva y racionalidad asociada a significaciones y experiencias.

Como venimos describiendo, estas familias isleñas, han ido constituyendo una particular relación con el humedal, han ido tejiendo un *modo de vida rural* de tipo *isleño* en el cual se constituye una subjetividad de “*islero*” o “*isleño*” asociada a esa vida rural y en permanente contacto con el río, el monte, las islas, etc. En esta adaptación- a las potencialidades y limitantes- e intervención, se genera un saber asociado al reconocimiento del funcionamiento del ecosistema que es vital para su existencia. A la vez que, técnicas de manejo que garantizan la realización de las actividades vitales sin interrumpir completamente el funcionamiento dinámico del ecosistema, como vimos, con el flujo del agua.

Este saber práctico es, en términos de Bourdieu (1980 y 1997), un *aprendizaje o conocimiento por el cuerpo*. El contacto experiencial, cotidiano e histórico con el ecosistema produce un saber respecto del mismo que no se expresa en los términos académicos o técnicos sino en un *lenguaje de valoración* local resultado de esa relación histórica con el espacio geográfico, ecosistema o la naturaleza. Es decir, el sujeto existe en el mundo, habita el mundo corporalmente, las herramientas que construye para comprenderlo práctica y teóricamente son dadas por el mundo, a la vez que son

⁶ Cabe mencionar que esta práctica de sostenimiento de los usos y costumbres no está exenta de tensiones o conflictos que incluso puede incurrir en situaciones de violencia física, pero la regulación no pasa por esgrimir el derecho de propiedad sino por el respeto del uso de las matas de junco, zonas de pesca, etcétera.

transformadas en y por el mundo. Es, en el cuerpo, donde reside la potencialidad, la “*capacidad para*”, refiriendo al movimiento corporal como la capacidad de dar sentido, de comprender intelectualmente y en sentido práctico, es una potencia para la acción dentro de condicionantes históricos (Bourdieu, 1980 y 1997). En términos de Dejarlais, en las expresiones isleñas analizadas, contienen una multiplicidad de conocimientos tácitos incorporados y corporeizados que constituyen una *gramática de la experiencia cultural* (Dejarlais, 1992). Entonces, el lenguaje de valoración local, los sentidos y significaciones registrables en las expresiones o maneras de referirse a su mundo de vida, son parte de esa gramática, dan cuenta de las modalidades de apropiación y significación históricas de la naturaleza y, por ende, del río en la memoria y las memorias del río.

Estos “*conocimientos por cuerpo*” (Bourdieu, 1980 y 1997), en tanto gramática de la experiencia vital-cultural, van construyendo históricamente un *conocimiento local* (Escobar, 2000). Escobar lo define dentro de:

“Los modelos de cultura y conocimiento se basan en procesos históricos, lingüísticos y culturales, que, aunque nunca están aislados de las historias más amplias, sin embargo retienen cierta especificidad de lugar. Muchos de los aspectos del mundo natural se colocan en lugares. Además, muchos de los mecanismos y prácticas en juego en las construcciones de naturaleza -linderos, clarificaciones, representaciones, aprehensiones cognitivas y relaciones espaciales- son significativamente específicas de lugar.” (Escobar, 2000: 54)

Estos conocimientos locales, refieren a unas *construcciones de naturaleza* (Escobar, 2000) o a la *significación social de la naturaleza*, (Leff, E. 2006) enraizada en los lugares. Esta hechura del lugar, en tanto creación del espacio propio se produce a lo largo del tiempo, en tanto resultante de *la articulación de la historia y lo biológico*. A la vez, a las personas se les va tornando como algo dado-arraigado, como si siempre hubiese sido de esa manera, su lugar pasa a ser “naturalizado”.

Para cerrar, volviendo a Conti “*el río teje su historia y uno es apenas un hilo que se entrelaza con otros diez mil*”. De allí que señalar que “*el río es memoria*” en el Bajo Delta del Paraná significa necesariamente cartografiar la articulación humanidad-naturaleza, rastrear en la historia larga y del presente cómo lo biológico y lo histórico se han articulado dejando huellas en el espacio, en los nombres y sus usos, o bien, arraigadas en las personas, sus experiencias y relatos.

BIBLIOGRAFÍA

Astelarra, S. (2016) “Disputas por la reinención del “paraíso deltáico”: de los lugares de la querencia a llegar a una isla y olvidarse de todo. El caso del conflicto “Colony Park” en la Primer sección de Islas del Delta del Paraná”. En Merlinsky Gabriela coord. “*Cartografías del Conflicto Ambiental en Argentina II*”, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Fundación CICCUS.

Astelarra, S. y Domínguez D. (2015), “Los junqueros de las islas del Delta del Paraná: sujetos emergentes en un territorio amenazado”. *Estudios Socioterritoriales*. Revista de Geografía, Nº 17, pp. 129-162 [en línea], disponible en: <http://revistaest.wix.com/revistaestcig#!n-17--enero-junio-2015/cfee> [05/05/2016].

Astelarra, S., Domínguez, D. y de la cal, V. (2017). “Conflictos en los Sitios Ramsar de Argentina: aportes para una ecología política de los humedales”. “*Letras Verdes. Revista Lationamericana de estudios socioambientales*”, FLACSO Sede Ecuador, ISSN 1390-6631. Indexada en Latindex, en prensa.

Bourdieu P.:

(1991 [1980]). *El sentido práctico*, Capítulos 3, 4 y 5, Madrid, Taurus.

(1999 [1997]). *Meditaciones Pascalianas*, Puntos 4 y 5, Barcelona, Anagrama.

Conti, H.(2010 [1962]), *Sudeste*, Buenos Aires, Emecé.

Cooperativa de Junqueros Isla Esperanza (2013), *Isla Esperanza. Trabajo, naturaleza y resistencia isleña*, Buenos Aires, Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (INAES).

Desjarlais R. (1992), "Body and emotion. The aesthetic of illness and healing in the Nepal Himalayas, University of Pennsylvania Press". Traducción de Florencia Faretta, Camilo Lozano Rivera, Belen Pepe. En: Cabrera Paula, Faretta Florencia, Lozano Rivera Camilo, Pepe María Belen. (2011), *Fichas del Equipo de Antropología de la Subjetividad: Alquimias Etnográficas*, Buenos Aires, OPFYL.

Escobar, A.:

(1999), "El mundo pos natural: elementos para una ecología política antiesencialista", en *El final del salvaje*[pp. 273-315], Bogotá, CEREC - ICAN -Giro Editores.

(2000), "El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo?". En Lander, E. (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas* [pp. 113-143], Buenos Aires, CLACSO.

Fernández, L. (2002), *Los servicios ecológicos que cumplen los humedales. El caso de Tigre*, Tesis de licenciatura, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, Buenos Aires, Argentina, [en línea] disponible: http://www.urbared.ungs.edu.ar/textos/tesis_ecolog%EDa.pdf [15/04/2010].

Ferrero, B. (2012), "La gestión comunitaria de la pesca en el bajo Paraná argentino. Un estudio de caso con pescadores artesanales". En Alcalá, Graciela, y Camargo Alejandro (eds.) *Pescadores en América Latina y el Caribe: espacio, población, producción y política*, Ciudad de México, Ed del Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Medio Ambiente.

Galafassi, G:

(2005), *Pampeanización del Delta*, Buenos Aires, Extramuros.

Kalesnik, Fabio (1997), *Relación entre las especies exóticas y la heterogeneidad ambiental a nivel regional en el Bajo Delta del Río Paraná*, Informe final, Beca de Iniciación, Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Kalesnik, F. y Quintana, R. (2006) "El delta del río Paraná como un mosaico de humedales. Caso de estudio: "la reserva de biosfera MAB-UNESCO: Delta del Paraná." En Revista UnG – Geociências V.5, N.1, 22-37.

Kandus, P. (1997), *Análisis de patrones de vegetación a escala regional en las islas del sector bonaerense del Delta de Río Paraná*, Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Leff, E.:

(2006), "La ecología política en América Latina. Un campo en Construcción". En Alimonda, H. (comp.), *Los tormentos de la materia Aportes para una ecología política latinoamericana* [pp. 219-229], Buenos Aires, CLACSO.

(2014), *La apuesta por la vida*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Malvárez A. (1999) "El delta del río Paraná como mosaico de humedales". En libro *Tópicos sobre humedales subtropicales y templados de Sudamérica*, Montevideo, Uruguay. Oficina Regional de Ciencia y Tecnología de la UNESCO para América Latina y el Caribe –ORCYT.

Mateucci, S. y Jorge M. (2006), "Efectos ecológicos de los emprendimientos urbanísticos privados en la provincia de Buenos Aires, Argentina. El caso de la llanura chaco-pampeana argentina". En Mateucci, S., Morello J. y Buzai, G., (comp) *Crecimiento urbano y sus consecuencias sobre el entorno rural. El caso de la ecorregión pampeana*, Buenos Aires, Orientación Gráfica Editorial.

Muscillo G. (2016) *La Terrible y Ejemplar Historia de Marica Rivero, Alias La Malparida*, sin datos, disponible: <http://independent.academia.edu/GabrielMuscillo>

Paschkes Ronis, M. (2013), "El Delta en disputa. Conflictos y controversias ambientales en el partido de Tigre". En Merlinsky, G. (comp.), *Cartografías del conflicto ambiental en Argentina* [pp. 143-170], Buenos Aires, CICCUS.

Pintos, P. y Narodowski P. (coords.) (2012), *La privatopía sacrílega. Efectos del urbanismo privado en humedales de la cuenca del río Luján*, Buenos Aires, Imagomundi.

Ríos, D. (2012), "Prólogo". En Pintos, P. y Narodowski P. (coords.), *La privatopía sacrílega. Efectos del urbanismo privado en humedales de la cuenca del río Luján*, Buenos Aires, Imagomundi.

Ríos, D. y Pírez P. (2008), "Urbanizaciones cerradas en áreas inundables del municipio de Tigre: ¿producción de espacio urbano de alta calidad ambiental?". En Revista *Eure*, Vol. XXXIV, Nº 101, pp. 99-119.